

MEG CABOT

ABANDONADA



Título original inglés: *Abandon*

© Meg Cabot, LLC, 2011.

© de la traducción: Victoria Martín Santamarta, 2012.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2013.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF.: OEBO212

ISBN: 978-84-272-0329-7

Composición digital: Víctor Igual, S. L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

[En un abrir y cerrar de ojos...](#)
[Yo estuve una vez muerta](#)
[Todo el mundo se aferra...](#)
[Se quedó mudo, como yo](#)
[La siguiente vez que lo vi...](#)
[No estaba en casa...](#)
[Me decidí por la escalera...](#)
[Me miró fijamente...](#)
[Cuando llegué a casa...](#)
[Mamá me matriculó en Nuevos Horizontes...](#)
[En el fondo, le estoy agradecida...](#)
[La chica sentada a mi lado ...](#)
[Mi corazón pegó un doble salto...](#)
[Podía pensar en miles de cosas...](#)
[«¿Por qué ya no me quieres?»](#)
[No hubo la más mínima intención...](#)
[Mientras me sentaba en el interior...](#)
[El despacho del sacristán...](#)
[—¿Yo? —Lo miré fijamente—](#)
[—Cariño, han venido unos chicos...](#)
[—En serio te lo digo...](#)
[Era de día y no me podía despertar...](#)
[Emitieron la noticia durante la comida](#)
[Nada había cambiado...](#)

[Notas](#)

*Él mismo la perseguirá por todas las ciudades
hasta que la hunda de nuevo en el Infierno,
de donde al principio la sacó la envidia.*

DANTE ALIGHIERI, Infierno, Canto I

En un abrir y cerrar de ojos, todo puede cambiar. Todo.

Uno.

Dos.

Tres.

Abre los ojos.

Hay una chica riéndose con sus amigos.

De repente, un cráter desgarrar la tierra. De entre las grietas, aparece un hombre apostado en una carroza negra, esculpida en el foso de las tinieblas, conducida por sementales con cascos de acero y ojos de fuego.

Antes de que nadie pueda lanzar el primer grito de alarma, mucho antes de que la chica eche a correr, el galope atronador de los cascos la alcanza.

La chica ya no ríe. Está gritando.

Es demasiado tarde. El hombre se asoma desde su carruaje negro para agarrarla de la cintura, levantarla del suelo y meterla de nuevo en el cráter con él.

La vida, tal como ella la conocía, no volverá a ser la misma.

No os preocupéis por la chica. Solo es un personaje de la mitología. Se llama Perséfone y fue secuestrada por Hades, dios de los muertos, y conducida hacia los infiernos.

Este mito les sirvió a los griegos para explicar el paso de las estaciones.

Pero ¿qué me ha pasado a mí? Esto no es un mito.

Hace un par de días, si me hubieseis dicho que existe una chica que se ve obligada a vivir con un joven en un siniestro palacio seis meses al año, me habría echado a reír. ¿Diríais que esta chica tiene algún problema? Os voy a decir quién tiene problemas: yo. Mucho más graves que Perséfone.

Sobre todo ahora, después de lo que pasó la otra noche en el cementerio. Lo que pasó de verdad, quiero decir.

La policía cree que lo sabe. Como en la escuela. Como todo el mundo en esta isla. Creen que tienen una teoría.

Yo sí lo sé.

¿A quién le importa lo que le pasó a Perséfone? Comparado con lo mío, no es nada.

Perséfone tuvo suerte, de verdad. Porque su madre apareció para mediar.

A mí nadie viene a rescatarme.

Así que te doy un consejo: haz lo que hazas, no cierres los ojos.

*A la manera en que las hojas de otoño
van cayendo una tras otra,
hasta que las ramas dejan en la tierra
todos sus despojos.*

DANTE ALIGHIERI, *Infierno*, Canto III

Yo estuve una vez muerta.

Nadie sabe exactamente durante cuánto tiempo. Estuve muerta más de una hora.

Entré en hipotermia. Gracias a eso —y a los desfibriladores, después de hacerme entrar en calor y de meterme una dosis bestial de epinefrina—, volví a la vida.

Al menos, eso es lo que dijeron los médicos. Yo tengo otra explicación sobre el porqué sigo aquí.

Pero he decidido no compartirla con nadie.

«¿Viste una luz?».

Es lo primero que todos me preguntaron cuando supieron que me habían reanimado. Es lo primero que me preguntó Alex, mi primo de diecisiete años, aquella noche en la fiesta en casa de mi madre.

—¿Viste una luz?

Tan pronto como pronunció esas palabras, su padre, el tío Chris, le dio una colleja.

—Auu —se lamentó Alex, frotándose la nuca—. ¿Qué pasa? ¿No le puedo preguntar si ha visto una luz?

—No seas maleducado —le respondió el tío Chris, severo—. No se le pregunta eso a la gente que ha muerto.

Le di un sorbo a mi agua con gas. Mi madre había colgado, sin consultarme antes, una enorme pancarta con el lema: «Bienvenida a Isla Huesos, Pierce». ¿Y qué le iba a decir? Se la veía tan contenta. Había invitado a amigos y conocidos de toda la vida, además de a toda la familia, ninguno de los cuales había salido nunca de allí —exceptuando a mamá y a su hermano pequeño, el tío Chris—, de esa isla de tres kilómetros por seis en la costa del sur de Florida, donde habían nacido.

Aunque el tío Chris no había salido de Isla Huesos para ir a la universidad, casarse y tener hijos, como mamá.

—Pero ya hace casi dos años del accidente —replicó Alex—. Ya no está tan afectada. —Me miró—. Pierce —continuó, con sarcasmo—, ¿sigues igual de afectada después de dos años de que murieras y volvieras a la vida?

Me esforcé por sonreír.

—Ya estoy bien —mentí.

—Ves —le respondió Alex a su padre, antes de volverse hacia mí—. ¿Viste una luz sí o no?

Respiré profundamente y cité una frase que había leído en internet.

—Prácticamente todos los que han sufrido una ECM aseguran haber visto algo, una especie de luz.

—¿Qué es una ECM? —preguntó el tío Chris, rascándose la cabeza por debajo de su gorra de béisbol de los «Isla Huesos Bait and Tackle».

—Experiencia cercana a la muerte —respondí.

Mi madre me había comprado un vestido blanco de verano —expresamente para la fiesta— que me picaba por todas partes. Me apretaba el pecho. Tocaba aguantarse: no era muy fino comenzar a rascarse delante de la gente por mucho que el tío Chris y Alex fueran de la familia.

—Ah —respondió el tío Chris—. Claro, ECM.

Según había leído, los que habían sufrido una ECM podían presentar cambios de personalidad y dificultades para reajustarse a la vida después... mmm... de la muerte. Había gente de creencia pentecostal que se había asociado a un club de moteros o exmoteros que habían ido directos a la iglesia a bautizarse.

Pensé que, de momento, me estaba yendo bastante bien, considerando todo lo que había pasado.

Sin embargo, cuando volví a repasar los informes que mi antigua escuela había presentado a mis padres con tal de que buscaran una «opción educativa alternativa» para mí —que es una manera educada de decir que me echaban después del «incidente» de la primavera pasada—, me di cuenta de que en la Escuela Femenina Westport iban en otra dirección:

«Pierce tiene tendencia a aislarse y a veces se separa del grupo. Cuando decide prestar atención, tiende a hipercentrarse, pero no en el objeto de la clase. Datos extraídos del resultado de los test de TOVA y Wechsler».

Este informe en particular lo escribieron justo en el semestre que siguió al accidente —más de un año antes del «incidente»—, cuando había cosas más importantes que los deberes en las que pensar. Los muy idiotas no me dejaron actuar en la obra de teatro del instituto —y me había tocado el papel de Blancanieves. ¿Cómo se le ocurrió darme ese papel a mi profesora de teatro? Está claro: era fácil identificarme con la pobre y moribunda de la escuela.

No pude evitarlo en su momento. Porque, además de haber muerto, he nacido rica y princesita, gracias a papá —jefe ejecutivo del proveedor más importante de productos y servicios de lubricantes, gasolina y material militar—. Jefazo supremo, últimamente ha salido bastante en la prensa —sobre todo en estos días—. El físico tampoco ayuda y doy bastante el pego, gracias a mamá, pues he heredado

su fina estructura ósea, espesa melena negra y grandes ojos negros.

Por desgracia, también he heredado su gran corazón y eso me suele causar problemas.

—Entonces ¿qué había al final del túnel? —continuó Alex—. ¿Viste esa luz, que todo el mundo explica?

—Tu prima no vio ninguna luz —le contestó su padre, con gesto serio debajo de su visera—. Si la hubiese visto, hoy no estaría aquí. Deja de agobiarla.

—No pasa nada —intervine, sonriendo al tío Chris—. No me importa que me haga preguntas. —Claro que me molestaba, pero prefería mil veces pasar el rato en el jardín con Alex y el tío Chris que verme obligada a estar con gente que no conocía. Volviéndome hacia Alex, añadí—: Algunos dicen que han visto una luz al final del túnel. Nadie sabe precisar exactamente cómo es; cada uno tiene su teoría.

—Dime una.

Un trueno retumbó en la distancia. No fue muy fuerte. Los de casa no se enteraron, y mucho menos con el ruido de las risotadas y el borboteo de la fuente de la piscina y la música de los altavoces de dentro y fuera, que obedecían a un diseño peculiar con forma de roca.

Yo sí lo oí. Llegó la vibración después del relámpago... no era el típico relámpago sin estruendo de Florida del Sur, aunque fuesen las ocho de la noche de un mes de septiembre e hiciera un calor tremendo como si estuviésemos en Connecticut un mediodía de julio. Había tormenta en el mar y estaba viniendo hacia aquí.

—No sé —respondí. Pensé en más cosas que había leído—. Algunos piensan que la luz marca el camino hacia una dimensión espiritual diferente, a la que solo pueden acceder los muertos.

Alex sonrió con impaciencia.

—Guau. Las Puertas del Señor —añadió.

—Puede —le respondí, encogiéndome de hombros—. Pero la ciencia dice que las luces son una alucinación provocada por los neurotransmisores del cerebro, que se van fundiendo al ritmo que van muriendo.

El tío Chris tenía la mirada ensombrecida.

—Prefiero la explicación de Alex —dijo—. Lo de las Puertas del Señor.

No quería poner triste al tío Chris.

—Nadie sabe de verdad qué pasa cuando morimos —concluí, rápidamente.

—Excepto tú —matizó Alex.

Me sentía más incómoda que nunca en mi ajustado vestido de verano. Porque lo que vi cuando estuve muerta no fue ninguna luz.

Ni se le acercaba.

No me gustaba mentirle al tío Chris. Sabía que no entrañaba nada bueno hablar de eso; sobre todo con el esfuerzo que había puesto mi madre en que la fiesta saliera a la perfección... la fiesta y todo lo demás a partir de ese momento. No quería decepcionarla. Se había dejado la piel en el proceso, comprando esa casa valorada en millones de dólares y pagando un vuelo exclusivo a su amiga interiorista de Nueva York para que viniese a decorarla. Pagaba una cuota a un jardinero ecologista que había sembrado en el jardín plantas autóctonas, como los árboles *ylang-ylang* y los jazmines nocturnos, para que el aire se viera envuelto en una fragancia única.

Incluso me había comprado una bicicleta playera con cesta y timbre —todavía no me había sacado el carnet de conducir—; había pintado mi habitación de un verde lavanda y me había apuntado al mismo instituto donde ella había asistido veinte años antes.

—Vas a estar muy a gusto aquí, Pierce —me dijo—. Ya verás. Aquí empezaremos de nuevo. Todo va a ir muy bien,

lo sé.

Pero yo tenía algunas razones para pensar que no sería así.

Intenté quedarme con lo más importante. Mi madre estaba contenta. Para la fiesta, incluso había contratado a cocineros profesionales para preparar y servir el cóctel de gambas, los buñuelos de caracoles de mar y las brochetas de pollo. Había dispuesto una flotilla de velas con olor a limón para ahuyentar a los mosquitos; había encendido la fuente de la piscina y había dejado abiertas todas las cristalerías de casa.

—Corre una brisa muy agradable —continuó, sin querer advertir los enormes nubarrones negros que poblaban el cielo nocturno.

A ella misma se le escapaba —a conciencia— el hecho de que, en realidad, se había mudado a Isla Huesos para proseguir su investigación sobre sus queridísimas espátulas rosadas —una especie de flamencos rosas con pico aplanado en forma de espátula— después de que hubiesen sido prácticamente arrasadas tras uno de los peores desastres medioambientales de Estados Unidos. ¡Ah, sí! También había que tener en cuenta que su querida e inteligente hija, también amante de los animales, había muerto y había vuelto a la vida un tanto magullada. Y por ese motivo, el matrimonio de sus padres había hecho aguas. Los trámites del divorcio arrancaron mientras yo estaba todavía en el hospital, cuando mi madre le dio puerta a mi padre por «dejar que me ahogara». Papá se fue a vivir al ático que tiene junto a la oficina, en Manhattan, sin ni siquiera pensar que, un año y medio más tarde, lo seguiría llamando casa.

—Yo prefiero perdonar y olvidar, Pierce —me decía papá cada vez que hablábamos—. No voy a poner ningún impedimento en que te mudes. Tu madre debería aprender a hacer lo mismo.

Para mí, los verbos «perdonar» y «olvidar» no tienen mucho sentido. Perdonar nos ayuda a dejar de machacarnos con un tema, que no suele ser muy sano —solo tienes que ver a mis padres.

Pero, si olvidamos, no aprendemos de nuestros errores. Y eso puede ser letal. Lo sé mejor que nadie.

¿Perdonar? Claro que sí, papá.

Pero ¿olvidar?

Por mucho que lo intente, no puedo.

Porque existe alguien que no me deja.

No culpo a mamá por haberme hecho regresar a la isla donde ella nació y se crio, aunque haga un calor del infierno, esté sacudida por huracanes y custodiada por nubes de una extraña y misteriosa química, del mismo modo que la caja de Pandora, que propagó todos los males del mundo.

Pero si alguien me llega a explicar a tiempo que el nombre Isla Huesos —acuñado por los conquistadores españoles— se refiere precisamente a eso —huesos humanos—, jamás habría aceptado la nueva decisión de mamá de «empezar de nuevo en Isla Huesos».

Sobre todo porque es difícil empezar de nuevo en el mismo lugar en el que has conocido a la persona que sigue apareciendo una y otra vez para arruinar tu vida.

No se lo podía explicar por nada del mundo a mamá. Se supone que el hecho de haber estado ya una vez en Isla Huesos tenía que ser nuestro gran secreto (no era un secreto oscuro, sino un secretillo entre chicas, como siempre decía mamá).

Por eso mi padre no puede ni ver a la familia de mi madre, porque piensa —no sin razón— que está llena de tarados y delincuentes, que no es precisamente el entorno más favorable para su hija única. Le prometí a mamá que nunca diría nada sobre el viaje que habíamos hecho hasta aquí

para asistir al funeral de su padre cuando yo tenía siete años.

Se lo he prometido. ¿Qué sabía yo? Nunca se lo dije a nadie...

... Sobre todo lo que ocurrió después; tras el funeral, en el cementerio. La verdad es que nunca pensé que tendría que explicárselo a nadie, desde que la abuela lo supo todo.

Las abuelas nunca quieren que pase nada malo. Mucho menos a sus nietas.

Así que no conocía a nadie en la fiesta de mamá excepto a mamá, Alex y la abuela, los mismos que se sentaron a mi lado en el banco durante el funeral por el abuelo. Eso fue hace una década, cuando el tío Chris seguía en prisión.

El tío Chris no se estaba adaptando muy bien a la vida en sociedad.

No sabía exactamente qué hacer cada vez que se le acercaba uno de los camareros a llenarle la copa de champán. En lugar de responder «No, gracias», el tío Chris se ponía a gritar «¡Mountain Dew!»^[1] y apartaba el brazo bruscamente, regando el suelo de la terraza con champán.

—No bebo —decía el tío Chris, volviendo a ser comedido—. Solo me gusta el Mountain Dew.

—Lo siento mucho, señor —respondía el camarero, mirando, patidifuso, hacia el charco de Veuve Clicquot que se había formado a sus pies.

Decidí que me caía bien el tío Chris, por mucho que mi padre me hubiese advertido que era un hombre que se había embarcado en un camino hacia el infierno y la venganza después de su salida de prisión.

Lo único que le he visto hacer desde que vivo en Isla Huesos —donde ahora vive con la abuela, quien crio a Alex en su ausencia, pues su madre se fue de casa cuando él aún era un bebé, justo después de que Chris empezara a cumplir condena en la cárcel— ha sido sentarse delante de

la tele y tragarse obsesivamente el Canal del Tiempo, dando sorbos a su Mountain Dew.

El tío Chris también me daba un poco de miedo: tenía la mirada más triste que había visto nunca.

Tenía que procurar no pensar en él. Del mismo modo que tenía que olvidarme del capítulo sobre mi muerte.

Pero algunos me lo estaban poniendo bastante difícil.

—La experiencia es distinta —añadí lentamente, mirando al tío Chris— para cada individuo que ha muerto y ha vuelto a la vida.

Me fue muy bien que en ese mismo momento la abuela estuviera bajando las escaleras del porche trasero, repique-teando con cierto tembleque con sus tacones pequeñitos. A diferencia de Alex y el tío Chris, se había arreglado un montón y se había puesto un vestido beige vaporoso con bufanda de seda cosida por ella.

—Aquí estás, Pierce —dijo, con una voz que simulaba cierto enfado—. ¿Qué haces aquí fuera? La gente de dentro te quiere conocer. Anda, ven; dile hola al Padre Michaels...

—Ah, mira —intervino Alex, entusiasmado—. A lo mejor el Padre sabe algo.

—¿Saber qué? —respondió la abuela, extrañada.

—La luz que vio Pierce cuando estuvo muerta —respondió Alex—. Creo que eran las Puertas del Señor. Pero Pierce dice que no, que según los científicos... ¿qué decían los científicos, Pierce?

Tragué saliva.

—Que es una alucinación —continué—. La ciencia dice que se han obtenido los mismos resultados en personas que no se estaban muriendo, y utilizaron para eso drogas y electrodos en sus cerebros. Algunos vieron esa luz.

—¿A eso os dedicáis? —dijo la abuela, con gesto asombrado—, ¿a cometer blasfemia?